

# TESTIGOS DE HUMANIDAD

Por JUAN ANTONIO VIVES AGUILELLA, T.C.

La Federación Interfranciscana de España ha querido unirse, de forma explícita y desde su misma identidad franciscana, a las celebraciones de este *Año Santo*, con que la Iglesia conmemora con gozo y júbilo los 2000 años del misterio de la Encarnación. Y para expresar con nitidez su propósito ha escogido como lema el de *Testigos de “su” Encarnación*, considerando que el *Cristo Encarnado* constituyó –en perfecta sintonía y unidad con el *Crucificado*– el quicio fundamental sobre el que giró toda la vivencia personal de Francisco y que, por ende, constituye uno de los valores más típicos y característicos de la espiritualidad de la gran Familia Franciscana.

En comunión, pues, con todo ello, también yo me he propuesto que la reflexión que hoy iniciamos –y que se continuará en otras dos entregas, una de ellas dedicada a la *Eucaristía como expresión de la humanidad del Dios Encarnado*, y la otra, a la *Fraternidad como adoración de Dios en el hombre*– gire toda ella en torno al Dios que se hizo hombre para mostrarnos en el *esplendor de su humanidad* –hecha *imagen y sonido* en el pasaje de la Transfiguración–; en la *pureza misma del sentimiento humano*, el reflejo y el destello de la divinidad.

Creado el hombre a imagen y semejanza de Dios, cuanto más auténticamente es él mismo; cuanto más fiel es al propio *proyecto humano*, a su propia *leyenda*, con tanta más nitidez reproduce la imagen de su Creador y se constituye, en verdad, *hijo de Dios*. Desde esta perspectiva, *ser testigos de humanidad* es equivalente a *ser testigos de divinidad*. En la profundidad y pureza del sentimiento humano, nos encontramos cara a cara con Dios. Se supera así, toda una perniciosa serie de *dualismos y esquizofrenias vitales* que históricamente han pretendido hacer del *itinerario hacia Dios* y del itinerario hacia el hombre, caminos, a lo máximo paralelos, o que, incluso, han pretendido consagrar como valiosos medios de acercamiento a Dios, medios que tienden a desproveer al hombre de su identidad y sensibilidad humana. ¿Cómo pretender que la gente nos admire como adoradores del *Dios Amor*, si, en vez de transmitir la calidez del sentimiento, lo único que trasmitimos es frialdad?

Francisco de Asís fue, como bien sabemos, un santo de la *unidad y armonía vital*. En él no hubo fisuras, ni mucho menos rupturas, entre *ser humano y ser espiritual*, entre adorar a Dios y al hermano. Al acercarse un día al leproso encontró en él el rostro amable de Dios y, cuanto más se acercó a Dios, más a gusto se sintió consigo mismo y más creció en sensibilidad para percibir y acoger otros “leprosos” que se fueron cruzando en su camino. Y, precisamente, porque fue *santo de unidad y armonía vital*, la adoración del misterio del Dios humanado no se quedó en él en una mera admiración del niño que ríe y llora en Belén y del hombre que, en la plenitud de su vida, *muerde por amor*, sino que la contemplación misma de este misterio le impulsó a crecer él mismo en sentimiento humano, adorando así al Dios hecho hombre en su propio *ser* y en todo *rostro humano*, en todo hermano.

## Francisco de Asís, una opción clara y radical por el ser

En su seguimiento radical de Cristo, Francisco pone particularmente el acento en una escala de valores cuyo objetivo es el crecimiento en el *ser* y no en el *tener*.

Su sueño es llegar a *ser* verdaderamente *menor*, es decir, saber servir con *buen talante* a los demás, siendo así un *testigo creíble del amor* con que Dios ama a todos los hombres a la medida de sus necesidades particulares.

Consciente, sin embargo, de que se *es para los demás*, en la medida en que se renuncia a toda clase de “yoísmos”, propone, como mística característica de sus seguidores, la que la misma Biblia canta como propia de los *nómadas y peregrinos*.

*(Pueden leerse y reflexionarse al respecto, los textos, por ejemplo, de 1 Regla 8, 1-4 y, especialmente, 2 Regla 6, 2-6).*

Todo ese mensaje –centrado en el nomadismo y el peregrinaje– refleja además su propia experiencia mística del *desierto* como *ámbito liberador* de los propios egoísmos. Y en ello encontramos otro ejemplo de la originalidad franciscana, que, una vez más, no es sino consecuencia de la radicalidad con que es aceptado el mensaje. En Francisco –en contra de lo expresado por muchos eremitas y monjes– el ideal del desierto no es la *soledad*, sino la *libertad* que surge cuando la persona *crece en amor*, superando los deseos que tienden a encerrarla en sí misma y a convertirla en “el ombligo” de todo su mundo relacional. Por ello, Francisco no le pide a sus frailes que vivan en soledad o que se aislen, como comunidad, de la gente y de la sociedad, pero sí que les pide de forma insistente –como se ha visto arriba– que vivan en medio del mundo como *peregrinos y forasteros* cuyo ideal de vida sea crecer en esos *valores del ser* que la tradición cristiana ha denominado virtudes, renunciando para ello, de forma radical, a todo deseo posesivo.

Desde dicha perspectiva hay que leer y entender –pienso– el binomio *pobreza-humildad* que el propio Francisco exalta repetidamente en sus escritos y que clásicamente se señala como distintivo básico y más característico de la *minoridad* franciscana.

Pobreza y humildad son en la mística franciscana perspectivas inseparables de la misma realidad, perspectivas de lo que al mismo Francisco le gustaba llamar *desapropiación*, es decir, el *vivir sin ningún afán de tener*.

- *Ésta –escribe a sus frailes– es la regla y vida de los hermanos: vivir en obediencia, en castidad y sin nada propio, y seguir la doctrina y las huellas de nuestro Señor Jesucristo, el cual dice: Si quieres ser perfecto, vete y vende todas las cosas que tienes... Y también: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo... (1 R. 1, 1-3).*
- *A los que venían a la Orden –anota Celano en su biografía del santo– les enseñaba que, antes de nada, habían de dar el libelo de repudio al mundo y que, a continuación, habían de ofrecer a Dios primero sus bienes en los pobres de fuera, y luego, ya dentro, sus propias personas. No admitía a la Orden, sino a los que se expropiaban de todo lo suyo y no se reservaban nada de nada (2 Celano, 80).*

La *desapropiación* –cantada principalmente por Francisco en sus *Avisos espirituales*– implica una radical renuncia a poner la confianza en los saberes, en los sentires o en los haberes, pues lo verdaderamente importante es crecer en identidad delante de Dios:

- *“La letra mata, pero el espíritu vivifica”. Son matados por la letra los que únicamente desean saber las solas palabras para ser tenidos por más sabios... Y son vivificados por el espíritu de las divinas letras, quienes no atribuyen al cuerpo toda la letra que saben y desean saber, sino que con la palabra y el ejemplo se la restituyen al altísimo Señor Dios, de quien es todo bien (Adm. 7).*

• *Cuanto es el hombre ante Dios, tanto es y no más* (Adm. 19).

(Pueden reflexionarse también al respecto las Admoniciones 11 y 14).

Del núcleo desapropiatorio de la pobreza-humildad, surgen en el franciscanismo toda una serie de valores –o si se prefiere, virtudes– que confieren al fraile menor su verdadero talante. Todos ellos –sencillez, simplicidad, alegría, sentido providencial...–, conjuntados y animados por el amor, constituyen un ramillete, que bien puede ser considerado como la *lectura franciscana de las bienaventuranzas* (cf. *Saludo a las virtudes*). Y todos estos valores también –vividos en armonía– reflejan *la sabiduría de quien ha encontrado su tesoro en el mundo del ser*. Una sabiduría, genuinamente bíblica, que no consiste en saber muchas cosas, sino en saborear la vida y ser, consecuentemente *feliz*. Es sabio el hombre que ha encontrado el tesoro de su propia humanidad. Para Francisco lo fundamental era, dentro de toda esta dinámica, *saber ser* y, más en concreto, *saber ser menor*.

Así mismo, desde el núcleo de la *desapropiación* –pobre, humilde y profundamente amorosa–, adquiere Francisco –inspirado una vez más en una lectura radical del evangelio esa *cosmovisión* positiva que canta en el *Cántico de las Criaturas* y que tanto ha admirado, incluso a hombres sin fe. Todas las cosas que hay en el universo son *buenas* por naturaleza, pues son salidas de las manos del Creador. Es el corazón del hombre con sus ansias posesivas y acaparadoras el que puede hacer de ellas un uso perverso. Por ello, Francisco no impondrá como ideal de vida a sus seguidores el *huir del mundo*, sino que los invitará, por el contrario, a permanecer en él, siendo pregoneros y testigos creíbles de una forma de vida verdaderamente *profética e iluminadora* para los hombres.

### ***La mística activa***

Desde su misma opción radical por el *ser*, vive Francisco *la mística cristiana* en su más genuino espíritu. Descubre –inspirado una vez más en el evangelio– que el verdadero sentido de la mística es el de mantener en *actividad* el ser. Este encuadrar la *actividad* como dimensión del *ser*, y no del *hacer*, abrirá nuevas y luminosas perspectivas al mundo de la espiritualidad.

*Lo que se realiza es actividad* en la medida que ayuda a *crecer* y a crecer en *alteridad* y *amor*. Cuando no se da dicho crecimiento, las actividades –bien sean de orden oracional, o apostólico– no pasan de ser una mera *ocupación*, que aliena a la persona y no contribuye a su crecimiento en identidad. A la persona que es activa, todo lo que realiza, al tiempo que le ayuda a crecer, queda *animado* y vivificado por su espíritu. Son personas que, al tiempo que engendran nueva vida en sí mismo, la dan a luz en su entorno. En cambio, en la persona que no es activa, pero se mantiene *ocupada*, su actividad se convierte en un mero producto que ni le ayuda a engendrar en sí nueva vida ni, consecuentemente, a irradiarla a los demás. La mera ocupación –aunque se llame y se revista de oración– no ayuda, en ningún caso, al crecimiento integral de la persona y no puede ser incluida en el ámbito de la *contemplación* que, por su propia naturaleza, es *activa*.

Desde esta perspectiva, la misma interpretación del famoso pasaje evangélico de *Marta y María* (cf. Lc. 10,39 ss.), que, superficialmente interpretado, tanto ha contribuido a crear, en el seno de la vida espiritual cristiana, falsos dualismos entre ser y hacer, entre vida contemplativa y vida activa, entre oración y apostolado, adquiere su más profundo significado: María *había elegido la mejor parte* (Lc. 10,42) porque *era activa*, en la escucha de la palabra, que le ayudaba a crecer; mientras que Marta, *atareada en muchos quehaceres* (Lc. 10,40) se mantenía meramente *ocupada* y la ocupación no sólo no le ayudaba a crecer en amor, sino que la tenía hecha una especie de “manejo de nervios”. *Elegir la mejor parte* (Lc. 10,42), sin embargo, no implica el elegir lo que hacía María o Marta, sino más bien el identificarse con la *actividad* u *ocupación* que manifiestan cada una de ellas. También *la escucha de la palabra* puede ser vivida como mera ocupación y convertirse en tal caso en motivo de desazón e inquietud interior.

La mística cristiana –se podría decir a la luz de lo reflexionado hasta el momento– recupera en Francisco su más original significado. La así llamada *contemplación* trasciende decididamente el nivel de la *silenciosa oración* para iluminar también el de la *bulliciosa acción*. La vida toda es contemplativa, en la medida que mantiene al *ser* en actividad y le va ayudando a crecer en los *valores* que confieren verdadero, profundo y gratificante sentido a la propia *identidad*.

Frente a toda una tendencia mística que pone como ámbito ideal del crecimiento el silencio y la soledad, Francisco –siguiendo también en ello el ejemplo de Cristo– sitúa el ideal en un equilibrio en el que el silencio y la soledad se armonizan con el diálogo y la convivencia, haciendo que la vida toda sea ámbito de crecimiento y, en consecuencia, de contemplación.

### *Alegría franciscana*

Como resultante de todo ese *proyecto de vida* centrado en el ser, adquiere el franciscanismo, como uno de sus rasgos más característicos e identificantes, *la alegría*. La *verdadera alegría*, que el mismo Francisco canta en uno de sus escritos, es el resultado, como ya arriba se ha anotado, de *haber encontrado sentido a la propia existencia*.

El mismo *código de la felicidad* –que son sin duda las *Bienaventuranzas*– así lo proclama al dedicar sus dos últimas estrofas a enaltecer una alegría y felicidad que viene a ser como la consecuencia natural de vivir de acuerdo a ese *arco iris del amor* que se proclama en las otras seis. Y esto mismo es lo que hace Francisco:

La alegría franciscana está entretrejida, por una parte, de la *paz y armonía* interior y exterior que canta la séptima bienaventuranza. Paz y armonía que se derivan de sentirse crecientemente satisfecho con unos valores que van llenando el propio ser.

Y está entretrejida, también, de la *valentía, fortaleza y serenidad ante las adversidades* que se exalta en la última bienaventuranza. Valentía, fortaleza y seguridad que surgen de no tener puesto el corazón en un *tener* que hay que salvaguardar, sino en un *ser* que nunca nadie podrá robar y cuyo máximo garante, desde la visión de fe, es Dios.

Y con el canto a la alegría finalizaríamos nuestra reflexión sobre el primer artículo del credo con que Francisco adhiere y adora el misterio de la *Encarnación*. Recuperar la *propia humanidad*, y disfrutar la *alegría de vivir* y ser *testigos creíbles de humanidad* para nosotros mismos y, desde ahí, para los demás es, quizá, la mejor forma de ser testigos del Dios humanado y de adorar su misterio.